

SEITE  
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR  
Eloy Perillan Buxó

NÚMERO DEL JUEVES  
15 CÉNTIMOS  
suplemento del domingo  
10 CÉNTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS  
a dobles precios

SUSCRIPCIONES  
En Madrid, 1 mes, 4 reales; 3 meses, 12 reales; 6 meses, 24 reales; 1 año, 48 rs.

DIRECCION  
Calle de la Amnistía, 3  
bajo de la derecha.



ÓRGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

SEITE  
JUEVES Y DOMINGOS

LOS DOMINGOS  
BOLO  
PARA LOS SUSCRITORES

NÚMERO AL CROMO  
15 CÉNTIMOS  
A LOS VENEDORES  
10 RS. CADA MANO

NÚMEROS ATRASADOS  
a dobles precios

SUSCRIPCIONES  
En provincias, 3 meses, 14 rs.; 6 meses, 28 rs.; 1 año, 50 rs.  
En París de Francia y demás países extranjeros, 1 año, 25 francos ó pesetas.  
En América, 1 año, 7 pesos fuertes.

ADMINISTRACION  
Calle de la Amnistía, 3  
bajo de la derecha.

CENTROS DE SUSCRIPCIONES A ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo.  
de Gaspar, calle del Príncipe.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES  
Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos BROMÍSTICOS que deben ustedes leer... por curiosidad.

LA CARICATURA DE HOY

La teoría del darwinismo aplicada a la política: el hombre desciende del mono, el mono desciende de la lagartija... y suba usted en seguida hasta llegar al ministro.

MECÁCHIS.



Me dirán Vds. que el Carnaval se hizo para divertirse. Bueno, estoy conforme en que así sería, y hasta confesaré, si se me apura, que las pasadas generaciones se divertían mucho en esos tres días de jolgorio.

Más aun; si yo quisiera echármelas de sabio y erudito, nada me sería tan fácil como remontarme a los tiempos del paganismo y buscar el origen del Carnaval en las fiestas saturnales o más propiamente en las *lupercales*, en que los antiguos derrochaban todo un caudal de impudencia y descoco celebrando orgías, cuya lectura podría ruborizar al mismo Zola.

Pero no quiero que pase un mal rato D. Venancio dándose de calabazadas para investigar qué es eso de *lupercales*. El origen del Carnaval importa poco que sea pagano ó deje de serlo,—y aquí no hay alusión a la cuestión tributaria, señor Camacho,—pero es un hecho que es ya muy reducido el número de las personas que se divierten en esta época de extravagancias.

Circunscribiéndonos a Madrid, que es la verdadera Jauja de España, ¿es posible decir que se divierten esos miles de ciudadanos y ciudadanas que bajan al Prado las tardes de Carnaval para mascar polvo, sufrir estrujones y codazos, aguantar cada pisotón que les hace ver las estrellas, mirarse los unos a los otros con estólida extrañeza, y ver por entre las rendijas del oleaje humano que las envuelve allá de cuarto en cuarto de hora, alguno de los carruajes que á paso de carreta circulan por el cenagoso paseo?

¿Y los afortunados mortales que van en carruaje, que han salido de su casa a las tres, y no llegan á ver el Prado hasta las cinco y media, porque la interminable fila de coches que van delante del suyo no se mueve, sostendrá alguien que se divierten?

Pues ¿y la diversion de los bailes en el teatro Real, en la Comedia ó en la Zarzuela, donde me le dejan Vds.? Paga un hombre por su entrada dos duros, por un par de guantes cuatro pesetas, por el guardarropa cuatro reales, y si encuentra alguna máscara que le embroma, otro par de duros en convidarla al *buffet*. Y después de todo ¿qué? Ha visto á infinidad de homólogos suyos, que como él se aburren cruzando de un lado á otro; se han enganchado veinte veces los botones del frac en el enrejado fleco de los mantones de Manila con que se disfrazan las heroínas de la fiesta, ha percibido entre los murmullos y la gritería del salón alguno que otro compás de la orquesta que ejecuta una habanera, ha sufrido que varias máscaras á quienes no conoce le digan unas cuantas impertinencias, se vuelve aburrido y molido á su casa, y si ha tenido la fortuna de no pescar una polmonía al quitarse el abrigo ó al cruzar un pasillo, ahí tienen Vds. un hombre estropeado para tres días. ¿Que quién se divierte en Carnaval?

Algunos escolares imberbes que se disfrazan estos días

de *Mefistófeles* ó *Pierrots* para ver si da la casualidad de que se encuentren en la calle ó en paseo con la idolatrada Margarita á quien no han podido revelar todavía su volcánica pasión, y que amparados por el escudo de la careta, esperan hacer su declaración.

Y se divierten también los chicuelos de la calle que se envuelven en una colcha de la cama y se lanzan á dar bromazos al escarolero del portal ó al carbonero de la esquina.

Y supongo que se habrán divertido los *bebés* á quienes sus solícitas mamás llevaron al baile de niños de la Comedia.

El resto de los madrileños es la verdad que no nos hemos divertido, ni aun con los bromazos de Camacho. Y sino por su corazón juzguen Vds. el ageno.

De novedades teatrales no se ha conocido una semana más estéril. A pretexto de que era Carnaval, las empresas han dado al público el bromazo de entretenerle con obras viejas.

Lo más culminante de la semana ha sido una revista cómica estrenada en el teatro de Lara con el título de *El país de las gangas*.

¿Deben incluirse las tales revistas en el género de literatura llamado cómico ó dramático? Yo creo que no. El poema escénico, sea del género que fuere, necesita por lo ménos un argumento, una fábula más ó ménos ingeniosamente tramada, que sirva para presentar escenas de la vida social, bien ó mal hilvanadas.

Las llamadas *revistas* se componen de una serie de escenas extravagantes sin la más pequeña hilación ni punto de contacto. Son una sucesión de caricaturas, un pliego de aleruyas entre las cuales se encuentran algunas graciosas, y son las ménos.

Sirven de pretexto para exhibir unas cuantas decoraciones, ó insertar algunas gaceticillas de actualidad chistosamente dialogadas.

La que se está representando en el teatro de Lara tiene algunos cuadros chistosos que hacen reír al público. Pero lo más notable en ella son las decoraciones, en especial una que representa la Puerta del Sol de noche, y otra la futura exposición de minería, alrededor del estanque del Retiro.

Los pintores Sres. Bussato y Bonardi, verdaderos héroes de la fiesta, fueron llamados al palco escénico, oportunidad que aprovecharon el autor de la letra Sr. Pina Domínguez, y el de la música, Sr. Rubio, para presentarse también.

La verdad es que estas ocasiones hay que aprovecharlas. En la noche del miércoles de ceniza se estrenó en el teatro de Variedades un juguete cómico en un acto que tuvo un éxito lisonjero. *Caer de pie* le titularon sus autores los señores Porset y Torres, y aunque el argumento no tiene novedad, ni gran verosimilitud, el enredo es complicado y divertido, abundan las escenas graciosas y todo ello está salpimentado con oportunos chistes.

Los Sres. Lujan y Alberá y las señoras Rodríguez lo desempeñaron con mucha gracia, ayudando á que fuera más completo el éxito.

El teatro Español se entretiene con obras de repertorio; el de la Zarzuela sigue su ejemplo y anda á vueltas con *Las hijas de Eoa*; el de Price dormita y el de Martín anda ahora afanado en ver si logra desatar *El nudo gordiano*.

Del teatro Real no hablemos; volvió á caer en el sopor de costumbre, cuando esperábamos que nos iba á ofrecer maravillas. Tanto nos lo habia asegurado el Sr. Rovira, que estábamos muy persuadidos de que el famoso Massini estaría cantando en Madrid el día 20. Y sin embargo, ni Massini parece ni se oye hablar de él.

¿A ver!... ¿Quién se ha comido á Massini?

Habrán oído Vds. decir que el silencio es elocuente.

En ocasiones lo será; pero si en el silencio hay elocuencia á veces, en el mutismo no la hay nunca.

Contra ese escollo vino á estrellarse el autor de la comedia que se estrenó el jueves en el teatro que dirige el señor Mario, *La elocuencia del silencio*, título que puso á su obra, no es la elocuencia del mutismo, y la protagonista de su fábula era una joven serdo-muda, que en el tercer acto rompe á hablar en verso fluido como si toda su vida la hubiera pasado estudiando sobre el Rengifo.

El argumento, sobre ser absurdo, no es original, porque todo el mundo recuerda el *Médico á palos* y otras obras en que el mutismo fingido ha servido de asunto á lances muy ingeniosos. Tras de ser aburrida la fábula, está llena de inverosimilitudes, el espectador ve desde luego lo que va á

pasar, y si el primer acto pareció mediano, el segundo pareció malo, y el tercero detestable. El público acometido repentinamente de un pertinaz catarro, se pasó toda la noche ensayando la elocuencia de la tos.

Mi más sentido pésame al autor de la comedia, que dicen es D. Miguel Echegaray. Si esta vez ha tenido un tropiezo, sírvale de consuelo pensar que otras veces ha acertado, y que el mismo público que en la noche del jueves no hacia más que toser, en muchas ocasiones le ha aplaudido.

Hay que convenir en que esta temporada es fatal para los autores dramáticos.

BAMBALINA

Á LA CRUZ ROJA

I

En este vértigo horrendo de borrascosas pasiones, los humanos corazones libran combate tremendo. Dolo, envidia, choque, estruendo: ruinas aquí, allá congaja: ¡qué insensata paradoja! ¡qué luchar tan infecundo!... pero algo hay bueno en el mundo, cuando existo la Cruz Roja.

La conciencia, atormentada por esa eterna mentira, parece como que mira de un mar la extensión helada; y en su fondo, encadenada, presa de febril anhelo, á la Humanidad en duelo, que iracunda viene y va, sin saber qué hay más allá de aquella capa de hielo!

¡Pobre Sísifo, que toca de su montana la cumbre, y al llegar, la pesadumbre le hace rodar con su roca! La recoge: á Dios invoca; avanza, trepa... ¡es en vano! Siempre que se acerca ufano, vé con dolientes asombros, que la carga de sus hombros, ha vuelto a caer al llano!

II

Satán, señor del Infierno, con lúbrico afán en lidia, ve que su hermana la Envidia, va desde el mundo al Averno. Para apagar el interno volcan, á su amada aterra; entre sus brazos la encierra; y del ósculo incestuoso, nace un engendro horroroso, nace el monstruo de la Guerra!

Rojo espectro que un Eden torna en páramo maldito; genio del Mal infinito, contra el infinito Bien. Lucha en que envueltos se ven, por crímenes de los ménos, los más, los justos, los buenos: pugilato en que quizás triunfa, porque mata más el que lo merece ménos!

La Guerra! escarnio cruel! historia de odios sin fin: primer guerrero, Cain; primera víctima, Abel! Ancho mar de sangre y hiel: circo en que es un galardón hacer, por torpe ambición lo que no sabe imitar el tiburón en el mar ni en el desierto el león.

III

Más Dios que los orbes crea,  
conjura la destrucción,  
otorgándonos el don  
del sentimiento y la idea.  
Mientras la incensaria tea  
abrasa á la Humanidad,  
con divina claridad  
alumbra en su error al hombre  
un nuevo sol, cuyo nombre  
es la santa Caridad.

Bendito el sencillo emblema  
que con purísima luz  
haña aquel astro: la Cruz,  
palabra que es un poema!  
Bendito el cristiano lema  
en su madero esculpido,  
es rojo, porque han servido  
para darle ese color,  
la sangre del Redentor  
y el llanto del afligido.

La Humanidad va aprendiendo  
á combatir sus pasiones  
y á salvar los corazones  
de ese vértigo tremendo.  
Dolo, envidia, choque, estruendo...  
¡qué insensata paradoja!  
pero en la amarga congoja  
de este luchar infecundo,  
algo bueno tiene el mundo,  
cuando existe la Cruz Roja!

ELOY P. BUXÓ.

POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

CAPÍTULO VIII

CLAUDIO Y SU AMIGA LLEGAN Á ZARAGOZA

Ahora mismo me admiro de cómo á la edad de diez y siete años no cabales, tuve valor para hacer una retirada estratégica tan rápida y prudente.

Fidela estaba toda azorada, y con voz temerosa me preguntaba, mientras yo sacudía mi latiguillo para acelerar la carrera de nuestra cabalgadura:

—Pero, Claudio, adónde vamos ahora? ¿qué piensas hacer?

—¡Hija, no te aceleres, le contesté, con dinero y un caballo se va á cualquier parte. Había yo de consentir que nos soplaran en la cárcel? Es muy hermosa la libertad, y ya tenía ganas de disfrutarla por completo.

Corrimos, corrimos hasta que el caballo dijo que no corría más. Entonces, satisfecho de que nadie nos perseguía, porque no se oía el más ligero ruido en el silencio de la noche, le dejé marchar al paso, y advertí que aún esto lo hacía de mala gana.

—Mira, le decía á Fidela cuando ya nuestra marcha era sosegada, dentro de dos ó tres días, que ya estaremos muy lejos de ese maldito lugar, venderemos el caballo, que no faltará quien lo compre, y con el dinero que nos den, y los cincuenta duros que tienes ahorrados, y yo llevo en el bolsillo, en cualquier parte nos estableceremos cómodamente, sin el sobresalto de que un Hércules nos mande á latigazos ni nos obligue á bailar en la maroma.

—Tienes razón, Claudio, eres hombre de mucho discurso, me contestó. Creo que nos pasaremos buena vida.

Quiso nuestra buena estrella que al ser de día tropezáramos con un rancho de gitanos que acampaban al lado de una venta á dos pasos de la carretera. El caballo se negaba á seguir adelante, y tomé el buen acuerdo de hacer jornada en aquella venta, porque el sueño nos vencía.

No fué tan pronto echar pie á tierra, cuando nos rodearon tres ó cuatro gitanos á quienes se les iban los ojos tras de nuestro rocín.

—Mocito, me dijo el más viejo, ¿vende V. ese estandarte?

—¿Cómo estandarte! contesté, es un famoso caballo que no tiene precio.

—Pero señor, alegó otro, si no puede con la bula. Yo no sé para qué lo querrá mi compadre: como no sea para poner fábrica de fundillas.

—Es capricho, dijo el otro: para nada sirve, pero yo daré por él de contado veinte duros: las crines se pueden aprovechar para hacer ballestas de esas que se usan para coger pájaros.

—Si V. lo quiere, le dije, no ha de costarle menos de cuarenta duros.

—¿Cuarenta duros! Si me diera V. encima esa buena moza, no digo que no.

—Vamos, si al compadre se le ha antojado la bestia, interrumpió otro, no hay que gastar palabras: valga mi palabra honrada y partamos la diferencia. V. le da treinta napoleones, tío Zapata, y lo que V. dé menos lo abono yo, que á mí nadie me deja feo cuando cierro un trato.

—Has hablado tú, Bartolán, y basta; mio es el jamelgo en los treinta duros y el señor paga el alboroque.

—Poco á poco, replicó yo, le silla, el cabezon y las bridas valen cualquier cosa y me las ha de pagar V. aparte.

—Quite V. alba, criatura, ¿pues había yo de tratar del caballo sin el atalage? Todo entra en el trato; pero en fin, para que vea V. que no soy roñoso, el alboroque lo pago yo: vengan esos cinco.

Sin saber cómo, me encontré con que había vendido el caballo, casi contra mi voluntad, y seguramente en la tercera parte de lo que valía. Entregué al jamelgo, tomé los treinta duros, y perdoné mi parte del alboroque, porque no pensaba en otra cosa que en dormir, y mi compañera lo mismo que yo, se caía de sueño.

De buena voluntad, y por nuestro dinero, nos dió el ventero un cuarto donde dormimos de una tirada lo menos veinte horas: tal era el cansancio que teníamos.

Cuando me levanté pude ver por la ventana que los gitanos habían levantado el campamento.

Mandé que nos arreglaran algo de comer, y cuando hu-

bimos satisfecho aquella necesidad, llamé al ventero antes de emprender de nuevo camino y le di un duro para que se cobrara el gasto. Tomó el hombre la moneda, la miró y la sonó sobre una mesa y me dijo:

—Este duro es falso.

—Es falso!... exclamé. Cómo? Si es de los que me han dado los gitanos?...

—De los gitanos? No digas más, hijo, todos serán iguales.

—Cómo? habrán sido capaces de semejante villanía?

—Los gitanos son capaces de todo: ¿á quién se le ocurre fiarse de esa gente?

Todo asustado vacié sobre la mesa el bolsillo donde tenía los treinta duros que había recibido por la venta del caballo. El ventero fué examinándolos uno por uno, y por fortuna mía no resultaron falsos más que doce.

—Has tenido suerte, muchacho, dijo mi huésped. Se conoce que no tenían más moneda falsa, cuando te han dado diez y ocho duros buenos; es una verdadera casualidad, por la que debes dar gracias á Dios.

Yo debiera haberme apesadumbrado al ver que los gitanos me habían robado doce duros; pero considerando que casi debía agradecerles el que no me hubieran robado el resto, tuve que alegrarme. Empezaba á ser filósofo.

Por el ventero supe que estábamos á ocho leguas de Zaragoza, y como aquella misma mañana acertara á pasar por la carretera, deteniéndose dos horas en la venta, un carro que iba á la invicta ciudad, propuse á su conductor que nos llevara á Fidela y á mí, en lo cual no tuvo dificultad, mediante el pago de cuatro pesetas por cada uno.

Aquella noche hacíamos nuestra entrada en Zaragoza, y nos hospedamos en una posada situada en una de sus calles más concurridas. No habíamos adoptado ninguna resolución acerca de nuestra manera de vivir, ni el porvenir nos preocupaba. Teníamos sesenta y seis duros de capital; ¿quién se preocupa de lo que puede suceder teniendo tan considerable fortuna? Gastar y vivir alegremente era nuestro único pensamiento, porque nos figurábamos que nuestro dinero no podía acabarse.

Lo primero que se nos ocurrió cuando amaneció el día, fué que personas de nuestro rango necesitaban vestirse con más lujo del que llevábamos, porque en efecto, de ropa estábamos bastante mal. Cerca de la posada tenía su tienda un prendero que puso á nuestra disposición sus almacenes. Fortuna fué para nuestro bolsillo que la ropa que vendía el modesto comerciante, era ya usada, aunque de buen ver, y por poco más de quinientos reales nos vestimos Fidela y yo de los pies á la cabeza, y el uno al otro nos encontramos seductores, después de ataviados con aquel lujo.

Vivir en una posada nos pareció indecoroso para personas de nuestro porte. El prendero nos informó de una casa de huéspedes donde nos dijo que estaríamos como unos príncipes, mucho más presentándonos en su nombre y con su recomendación, pues la patrona era parienta suya. Llevó su obsequiosa amabilidad hasta el extremo de hacer que nos acompañara á la casa un chico que tenía en la tienda.

Cuando nos presentamos á la patrona y le dijimos que necesitábamos un cuarto decente con su correspondiente cama, nos miró con cierta curiosidad.

—Son Vds. marido y mujer? nos preguntó.

—Claro, señora, á la vista está, le contesté yo.

—Dispongo V. si mi pregunta le ha parecido indiscreta. Como los he visto tan jóvenes, no pude figurarme al pronto que estuvieran casados. Les daré un hermoso cuarto con su alcoba que es lo mejor que tengo en mi casa, y lo reservo para matrimonios bien acomodados.

Nos dijo además que si comíamos con los otros pupilos que tenía en mesa redonda no nos cobraría sino cuatro pesetas de hospedaje por los dos, y que no encontraríamos en Zaragoza casa más decente ni más barata, ni donde estuviéramos mejor servidos; pero que tenía por costumbre cobrar por quincenas adelantadas ó mejor por meses.

—En eso no hay dificultad, le dije yo; pagaremos el mes. Y en efecto, apenas nos instaló en nuestra habitación, que era bastante modesta, le entregué veinticuatro duros que era el precio de nuestro hospedaje por una mensualidad.

Diez personas nos sentábamos á la mesa del comedor: entre ellas no había más que dos señoras de edad ya madura, y Fidela que era la única joven. Los otros siete pupilos pertenecíamos al sexo feo, y casi todos eran jóvenes.

Había entre nuestros compañeros un teniente de infantería, de retorcido bigote y gallarda apostura. Desde el primer día lo vi muy obsequioso con Fidela: él la ofrecía con la punta del tenedor las aceitunas más gordas, él la servía vino, y á los postres le ponía en el plato lo mejor de la fruta, y confieso que al principio esto me impacientó. No hay que extrañarlo; mi educación era harta descuidada, y como no tenía trato de gentes, ignoraba que en todas partes, pero especialmente en la mesa, los caballeros bien educados deben ser obsequiosos y galantes con las señoras que tienen cerca, y que esta obligación se cumple con mayor gusto y escrupulosidad, cuando se trata de una linda joven, y mas si tiene unos ojos tan expresivos como los de Fidela.

—No es verdad, me dijo ella cuando estuvimos solos por la noche, que es buen mozo y muy amable ese señor oficial?

—Será lo que dices, le contesté; pero á mí me parece muy cargante, y si hemos de tener paz, te ruego que mañana le des á entender que te molestan sus zalamerías.

—Pero si no me molestan, Claudio.

—Me molestan á mí y basta. Dile que estamos casados, que eres mi mujer.

—Bueno, se lo diré aunque no entiendo de eso: no te incomodes.



III

EL MORRIÓN Y LA POLTRONA

Permítame lector carísimo, que te presente un nuevo mamarracho. El tal, se llama Pedro Perez Peroua, y fué ministro después de haber sido demagogo furibundo, y millonario nacional con morrión y todo.

¡Morrión!... ¡Esta tapa de la tapa de sus sesos, llegó á ser

su pesadilla! En un tiempo la amaba con delirio, pero luego la aborreció!

Indecente morrión, digno de mejor suerte! ¡Para que Pedro Perez se encaramase hasta la poltrona, le serviste de escabel, y luego fuiste relegado á un desvan! Allí, entre tarimas apollilladas, y otros trastajos inservibles, dormitabas durante largos años!

¿Quién había de decirte, morrión de seis palmos de altura, que tu amo y señor había de ser tan ingrato!

¡En otro tiempo, antes de llegar á la codiciada poltrona, te cuidaba con esmero, soportaba tu peso sobre su cabeza, y salía por esas calles de Dios á rendir corazones de hembras democráticas, y á engañar patriotas inocentes!...

¡Hoy... Pero procedamos con orden.

Era el 4 de... del año de...

El himno de Riego, ese himno alarmante y entusiasmador, que lo mismo que los morriónes de la milicia nacional, va haciéndose cada vez más viejo, sonaba en las calles de la capital de España. La libertad estaba enferma, y sus defensores, después de haberla dado un caldo, se habían echado á la calle.

Pedro Perez lanzaba chispas por los ojos. Con el morrión derribado hacia la izquierda, coloreadas las mejillas, y trémulo el labio se unió á su compañía. Era cabo segundo!...

¡Vive Dios! ¡y qué gallardo estaba! Una triplicallera de la calle de la Esperancilla, le llamó salado, y cierta chula, esposa de un distinguido tomador del dos, le dijo que le hacía tilla.

A todo esto, los tímidos cerraban puertas y ventanas, y las mujeres hacendosas compraban bacalao y garbanzos para algunos días. Los patriotas habían dicho que iba á arder Madrid, y á correr sangre humana en abundancia.

Por fortuna no fué así, y no corrió más líquido que una respetable cantidad de vino tinto, y de bala rasa, vulgo aguardiente de Chinchón.

Aquietáronse los ánimos, abriéronse de nuevo las puertas, y la enferma se restableció por completo, sin necesidad de apelar á más revulsivos, que á un decreto que derribaba al gabinete; ó alcoba anterior, dando entrada á otro más liberal, pero que liberal!

Así las cosas, Pedro Perez triunfó no sé en qué distrito, y fué diputado. Desde que tomó posesión en el Congreso, empezó á aborrecer al pobre morrión, y ordenó á su esposa que lo colocase al lado de cierto mueble que suele estar debajo de la cama.

Pasaron algunos meses, y hubo crisis. Pedro era muy popular, había anronquecido muchas veces en pro de la libertad y sabía tocar el pífano. Pueden pedirse mayores merecimientos en España para obtener una cartera!...

Pero la obtuvo, y asombró al mundo con sus discursos. Pero, cómo han cambiado los tiempos! Pedro tronó contra la prensa, calificó de brutos á sus antiguos compañeros, y llamó pueblo bajo é infivil á los mismos que habían contribuido á su encumbramiento.

Lo que más le irritaba, lo que le sacaba de quicio, era que la prensa le dijese que no sabía usar el frac, y que los periódicos satíricos presentasen su caricatura con el consabido morrión. Por borrar esto de su historia hubiera dado un mes de paga, y cinco de los treinta siete muelles que hacían más cómoda su poltrona.

Pero no era posible que la prensa satírica olvidase sus antecedentes y su inconsecuencia. Para aumentar sus disgustos, un dibujante mordaz sacó á la plaza unas aleluvas referentes á su vida y milagros. Las tales aleluvas eran malitas poéticamente hablando, pero en cambio tenían la intención de un toro de Miura. En prueba de ello, véase la clase:

Cambió el morrión Perona,  
por una hermosa poltrona.  
Viste frac, y una gran placa,  
y una bordada casaca.  
Pero aun cuando gaste seda,  
la mona, mona se queda.  
Su gravedad, yo discurro,  
es la gravedad del burro.  
Etc....

Fuese acostumbrando Perico á esas y á otras cosas por el estilo, y al cabo de medio año le entraban las predica-ciones por el oído derecho, y le salían por el izquierdo. Creíase hombre importante, no se reía jamás, y estaba persuadido de que su nombre pasaría á la posteridad. ¡Ay! ¡cuántas y cuántas veces había pasado ya á la parte posterior!...

Hasta cierto punto no le faltaban razones para creerse un grande hombre: siete reyes extranjeros habían adornado su pecho con bandas y vendajes, y estaba condecorado además con el boton de mandarín, y con el elefante de las patas de palo. Le había acometido la monomanía de las condecoraciones, y cuando se enroscaba en su refulgente uniforme, no teniendo en éste pecho bastante para ponerse cruces, se las colgaba en la espalda, ¡Qué envejecido estaba, qué coqueton y qué monol! Hubiera deseado ser bajá de de tres colas, porque estando arrimado á una idem, le faltaban dos.

Como nada es duradero en este pícaro mundo, Pedro Perez cayó, víctima de una crisis. Él, solamente él fué el sacrificado, pues sus compañeros quedaron de pie como los gatos. Si respecto á ellos se hubiera consultado el corazón de Perico, pudieran haberse visto grabadas en aquel corazón estas palabras: «¡Odio y envidia á mis compañeros!...»

Bien dice el refrán, que del árbol caído todos hacen leña. Pedro había hecho mucho dano durante su dominación, y las víctimas de sus arreglos oficinescos se ensanaron más y más contra él, apenas le vieron caído. Los cesantes le detestaban, las viudas y los huérfanos le maldecían: las voces de unos y otros sonaban sin cesar en su oído, con eco lúgubre y aterrador.

Aquellos lamentos y maldiciones llegaron á ser su pesadilla.

No podía conciliar el sueño, y si alguna vez, presa de horrible insomnio, cerraba los ojos, creía ver grandes masas de cesantes y viudas.

Nos ha suprimido! le gritaban los primeros. Al limpiar-nos el comedero, nos has dejado por patrimonio el hambre y la desesperación!...

—Maldito seas! exclamaban las viudas y los huérfanos ¡Por tu causa han muerto aquellos que nos alimentaban, y á quienes has tenido á bien declarar cesantes, para colocar en sus puestos á tus paniaguados! Maldito, maldito seas!...



Genealogia de un señor muy conocido,  
por su nombre y apellido.

Ayuntamiento de Madrid

El amor puso término á estos crueles padecimientos. Oh! ¡Quién tuviera una pluma de gaceta, para pintar con acierto el amor de Pedro!

Aquel amor bendito, le causaba una dulce melancolía, y le hacía olvidar la política. Para que él fuese completamente feliz, había una dificultad: no era noble, y la señora de sus pensamientos tenía nobleza por los cuatro costados, y exigía pergamintos.

A fin de vencer la dificultad, vió á un rey de armas, el cual hizo constar que su abuelo tenía origen nada ménos que en Pedro Perez Pereciendo, adelantado ó atrasado de Camillejas.

No contento con esto, trazó su árbol genealógico, con escudo de armas á la cabeza. En éste había cuatro cuarteles, no sé si de infantería ó caballería. Primer cuartel: raton-rampante, en campo nevado. Segundo cuartel: árboles frutales, con zorras trepadoras. Tercero: un morrion con plumero, sobre fondo azul celeste. Cuarto y último: una poltrona pendiente de un hilo.

El escudo tenía esta lema: ¡Patria, turronea, ganzan mean! Y este otro:

Con morrion y poltrona gloria á España dió Perona.

Lo del morrion no agradó mucho á Pedro Perez, pero calló como un muerto.

En vista del escudo y árbol, la bella entró por el arco resignándose á ser esposa de un ministro cesante.

Hoy el susodicho caballero continúa comiendo tranquilamente los treinta mil del pico, y esperando que llegue el turno pacífico, para poder ocupar de nuevo su adorada poltrona.

Nota: El morrion, en compañía de otros trastos inservibles, ha sido vendido á un traperero, y figura entre la interminable colección de antigüedades del Restro.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

LA PESETA Y EL CORTE DE MANGA

(SOLILUQUIO)

—Ayer era Juan Paisano. Hoy me llamo Excmo. Sr. don Juan Paisano, caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, de San Hermenegildo y otras varias por acciones de guerra, tres veces y media benemérito de la patria, héroe de partida, diputado, senador... y... ¡gasto faja!!! También antes la gasté; pero de tres pesetas. ¡Cuando era mozo de cuerda!... Y ¡qué pelo han echado mis antiguos camaradas! Uno está aun con el cordel al hombro en la esquina de enfrente; otro ha reventado con un bati-mundo y otro ha sido cogido entre los topes de un vagón en la estación del Norte. He sido pesetero en Cataluña, y la peseta que me ha dado el país, se la he devuelto yo con un buen corte de manga... dado á mi levita por un sastro de Tortosa; por supuesto que en aquella levita me puse tres estrellas á los dos meses y tres días de haber sentido plaza. Cierito es que, en mi hoja de servicios, no hay más que esta nota honrosa: Valor, se le supone; pero tambien es cierto que he asistido á veintiocho consejos de guerra, sin haber visto, ni por el forro, los Juzgados militares de Colon; á pesar de todo escribí una Memoria sobre el modo de hacer de la tropa un tropel y hablé en el Ateneo sobre la mejor manera posible de guardar el bulto, según la táctica, y de hacer fuego por pelotones huyendo á la carrera y volviendo la espalda al enemigo. ¡Puedo poner un comercio de ultramarinos con el arroz y las patatas que he sisado en los cuarteles!!! No ha habido gallina segura en los corrales de mis antiguas patronas, y yo mismo me he quedado escondido, por gallina, en un corral, durante una retirada honrosa que hicieron mis camaradas (otros ganapanes como yo) cerca de Montejurra.

He sido diputado á Cortes; mas bueno es saber que hay Cortes de diferentes clases... Cortes constituyentes. Cortes ordinarias y Cortes... de manga.

Yo he sido diputado á Cortes... de manga... ¡Y de los ordinarios!!!

Yo tengo varios compañeros de armas ocupando los altos puestos... Conozco al cabo Martinez, al sargento Martinez, al corneta Martinez y á otros muchos Martinez... Yo me he sublevado con blancos, azules, amarillos y negros: he sido vencedor en Sagunto y Numancia, y la espada que ahora me sirve de báculo, es el firme sostén del orden y de la monarquía. Yo he ido al Norte, por bárbaro, y he ido á Cuba para sorberla por una paja. Yo desparramé dinero sin temor, y por no hacer público el mio, he sobornado á mis propios enemigos y he hecho generales á todos los cacicillos y calaveras del contrario bando. Yo gasto casco y florón (entiéndase que el casco es en la cabeza) y tal vez próximo puede estar el momento en que dé al ejército un nuevo uniforme, y ordene usar el antiguo morrion y el fusil de chispa. ¡Echeme usted guindas ahora!!!

Así exclamaba á solas, al pié del obelisco del Dos de Mayo un militar descompuesto de cabeza y oratoria; más el país que le escuchaba pesaroso, murmuró dirigiéndose á un político novel:

—¡Reflexiona, amado Teótimo, sobre la manera de hacer las carreras en España; no hay mejor cosa que cobrar una peseta del presupuesto y echar un corte de manga á la nación entera!

Pero al oír hablar así el inieliz Teótimo, político de buena fé que por toda precaucion se había acorazado por la espalda y se había tumbado á la sombra de un pino; echó tambien un modesto corte de manga á la cosa pública, ocupó repetidas veces y con precipitacion en la palma de su mano izquierda y se retiró á la vida privada.

¡Cuántos con méritos han llegado á ser hombres importantes, malgastando tiempo y saliva al pié del grandioso obelisco del Dos de Mayo!

Tal vez Teótimo tuviese razon. Antes que pasar por ciertas cosas... Más vale acorazarse por la espalda. Y tumbarse á la sombra de un pino.

ALFREDO G. DORRÍA

REUNION DE PERIODISTAS

El miércoles de Ceniza, á las diez y media de la mañana, comenzó en el despacho del señor ministro de Gracia y Justicia, la reunión á que habian sido convocados los directores de los periódicos de Madrid. Asistió el señor ministro de la Gobernacion. El Sr. Alonso Martinez nos recibió con suma atencion, brindándonos en serio un exquisito habano, como quien dice, para abrir boca. Un servidor de ustedes se sentó cerca de la mesa del consejero del rey, y cuando entró el Sr. Gonzalez, ocupó la silla que estaba junto á la de LA BROMA.

Diré á ustedes de paso, que D. Venancio Gonzalez, como ciertas mujeres, tiene mejor cerca que lejos; es atento, se expresa con mucha facilidad, razona con mucho juicio, y ¡por qué negarlo? demuestra que vale más de lo que parece.

Supongo que estas apreciaciones no serán sospechosas, pues el tributo á la verdad de mis impresiones en aquella reunion, en nada alterará la marcha antiministerial de este periódico, que no se casa con nadie, y ménos con el Gobierno.

Después que hablaron algunos directores de diarios políticos, rompiendo el hielo mi amigo y correligionario Sanchez Perez, el director de LA BROMA tomó tambien la palabra, en defensa del Jurado, negando que éste fuese inadecuado para conocer de los llamados delitos de imprenta, que para mí no existen (en el órden político, se entiende), y sosteniendo aquella institucion como el único tribunal compatible con la libre emision del pensamiento.

Los escritores de la escuela conservadora dicen, que el Jurado equivale á la impunidad, y yo me permití demostrarles que en otros países, el Jurado funciona con perfecta organizacion, é impone castigos, suaves en verdad, pero al fin castigos, á los periodistas que abusan del derecho de propaganda de las ideas, por medio de la imprenta. Se habló mucho; el Ministro tomó notas; aseguró que el Gobierno quiere establecer el Jurado; anunció que éste no podría comenzar á dispensarnos sus favores antes del otoño de 1883; y con otra breva de la Vuelta de Abajo y una despedida cariñosa, salimos despues de mediodía, muy complacidos de la galantería del Sr. Alonso, muy sorprendidos de la facilidad de palabra del Sr. Gonzalez, y con más hambre que maestros de escuela.

Habíamos hecho el sacrificio de levantarnos á las nueve de la mañana; ¡ah! no saben los consejeros de D. Alfonso qué prueba de respeto les dimos con tan hercúleo madrugon!

Conste, pues, sin burlas ni reconocimientos, que somos partidarios del Jurado; y que toda otra jurisprudencia y cualquier otro procedimiento que se apliquen para juzgar los actos del escritor público, como tal, serán para nosotros, refractarios á nuestras ideas y abiertamente opuestos á la escuela política á que tenemos la honra de pertenecer; en cuyo servicio esperamos escribir nuestra última palabra, y en cuyo seno queremos vivir hasta exhalar nuestro último aliento.

E. P. BUXÓ.



Caballeros: A la fecha en que este suelto redacto, habrán ido al Saladero los miembros del Sindicato, que han cometido el delito de protestar de Camacho, y amparar los intereses del público soberano. Y si no han ido á la cárcel, será porque hayan soltado cinco mil duros por barba, que les piden, según autos. Pues bien: si han ido á chirona, fuerza será relevarlos; y aquí me tienen ustedes que me ofrezco candidato, por el gremio de bromistas, que para mí es el más caro, por lo mismo que es aquel que lo echa todo á barato. Este negocio se encrespa, y dará muy malos ratos al Gobierno fusionista y á sus correligionarios; porque si todo el comercio se va con el Sindicato y dicen los industriales que no pagan los recargos... huelome que va á haber crisis, y quizá más que me callo, porque no quiero que digan que la rebelion proclamo.

El maestro Carrillo ha compuesto una hermosa marcha fúnebre dedicada á la eterna memoria del ilustre general Prim. Los aficionados á la buena música deben admirarla. A mí, que no toco ningún instrumento, me han regalado un ejemplar, y supongo que á todos ustedes les envarán los que pidan, diciendo que los encargan de mi parte, y acompañando el importe de la pieza musical.

Debemos á la atencion de nuestros colegas de La Lina un ejemplar del poema póstumo de Ayala, titulado Los Dos Artistas.

La agradecemos y recomendamos su lectura.

Cantar de moda:

No me mates, no me mates. déjame vivir en paz, que no soy del Sindicato, y pago impuesto de sal.

A propósito del impuesto de arbitrio por servicios municipales que pagan las empresas de espectáculos públicos, y del cual hemos apuntado algunos datos en la Escandalaria del núm. 8, en el 9 los desarrollaremos con documentos que son de oro! ¡A ver si en fuerza de pellizcar á ciertas gentes de piedra, conseguimos que hablen ó revienten!

El Juez de Denia se llama Cañon. ¿Por qué no lo traen para lo del Sindicato?

Dicen que el premio gordo de la última lotería (16.000 duros) le ha tocado al amigo Chueca, distinguido compositor y maestro de Variedades.

Si es cierto me alegro: es un buen batutazo, y gracias á él nuestro amigo, que era pobre, no tendrá que hacer más compases de espera: la fortuna le ha soltado un calderon con 16.000 bemoles!

Y vaya de lotería: el 23 no había un solo décimo á la venta en las administraciones; en cambio el 24, día del sorteo, los vendedores los pregonaban á horas en que ya estaba hecha la extraccion.

Escándalos de esta naturaleza sólo pasan aquí. Se hace la vida del chanchullo; los altos en gordo, los pobres en pequeño; pero en fin, todo es trampa, irregularidad, desorden y desvergüenza.

El rey ha matado en Andalucía algunos jabalies. Desearia saber si su tío ha sido tan afortunado como el monarca, porque el duque tira muy bien, y siempre sus tiros van á la cabeza.

¡A la cárcel el comerciante ó industrial que no lea nuestro anuncio sobre PUBLICIDAD EXTRAORDINARIA!

Este periódico, siempre leal en sus afectos, da el pésame á la ciencia española por el fallecimiento del eminente filósofo DON JOSÉ MORENO NIETO. La Patria ha perdido un sábio; la familia un ángel, la sociedad un modelo de honradez y de modestia. Y al lado de este nombre ilustre, tendremos que consagrar tambien un recuerdo á la memoria del humilde pero dignísimo é inspirado poeta vallisoletano DON MARIANO CHACEL Y GONZALEZ, nuestro amigo de la infancia y nuestro cariñoso compañero en las primeras jornadas de la vida literaria. ¡Paz eterna para el maestro del saber, y para el joven poeta lírico de nuestra ciudad natal!

ALFREDO DE CARLOS HIERRO, EDITOR. Plaza de Colon, 3, bajo derecha.

NOVEDADES LITERARIAS. LA RALEA (La Curée) por Emilio ZOLA.—Se vende á 3,50 pesetas en las principales librerías.

LA LITERATURA EN 1881.—Notable colección de artículos y revistas críticas, por Leopoldo ALAS (Clarín) y Amador PALACIO VALDÉS.—Precio, 2 pesetas.

Estas producciones son dignas del distinguido editor que las publica, y del público selecto á quien las ofrece. El libro de ZOLA produjo sensacion en el mundo literario; el de Palacio y Alas, es la síntesis crítica de la literatura madrileña en 1881: debe leerse.

Publicidad extraordinaria.

Debiendo aparecer á fines del próximo mes de Marzo un número MONUMENTAL de LA BROMA, del cual se hará extraordinaria tirada (por razones que entonces se explicarán) SE ADMITEN HASTA EL 15 DE DICHO MES ANUNCIOS EN PROSA Y VERSO, á gusto del consumidor.

Tirada para la Península, doble que la ordinaria. Edicion ESPECIAL para Cuba, Argelia, Puerto-Rico, Centro, Norte y Sud-América.

No habrá más que una página de anuncios, para ese y para los demás números extraordinarios, con DOBLE CARICATURA á 6 colores.

Precios; muy equitativos: dirigirse á esta oficina, personalmente ó por escrito.



B. L. B., Peñaranda.—Servido en todo.—A. R. y V., Estepa.—Aceptado y servido: los bien mis condiciones.—A. G., Victoria.—Servido.—R. Q., Zaragoza.—Amigo mto: Este correo es insustituible; va por duplicado al «Suplemento».—A. G. L., Córdoba.—Servido en todo.—J. A. V., Masdenverga.—Anotados: el número extraordinario de que usted habla, se agotó: diga á esas bellas señoras, que el autor de «El Conde de la Higueras» quisiera saludarlas y probar que no es tan feo como la gente le pinta.—A. J., Aranjaz.—Anotado su anuncio del Leon como la gente le pinta.—A. T. F., Mosarves.—No hay agente en la poblacion de que V. habla; pero necesito que V. va con frecuencia, puede remitir una libranza del Giro Mutuo, que es para mí la mejor forma de pago.—M. G., Jérica de la Frontera.—Recibí 18 pesetas.—B. G. y S., Munera.—Suscrito hasta fin de Agosto.—M. S., Ronda.—Servido como desea, antes el número que se agotó.—R. Q., Zaragoza.—Servido.—A. C. M., Alacato.—Idem idem.—M. A. A., San Sebastian.—Aumentada romesa como pide.—M. G., Coín.—Suscrito hasta fin de Abril.—J. J. S., Seo de Urgel.—Los V. las condiciones y diga si desea diáspnato á oumpulilas.—F. A., Nonforte de Lemus.—Suscrito hasta fin Mayo.—A. de la P., Campo de Peñaranda.—Idem hasta fin Mayo.—M. C. y B., Masdenverga.—Suscrito sus dos amigos; usted dirá por cuánto tiempo.—S. C., Almadén.—Aumentada su romesa y devuelto dos sellos de 3 rs.—A. P., Zujar.—Hechos las tres suscripciones que pide, y servidas con puntualidad.—E. N., Ubeda.—Suscrito hasta lo de Enero del año 81.—C. A., Búrgos.—Puede V. pedirlo á Gimileo, donde está su autor.

MADRID.—Imprenta de LA BROMA, Amnistía, 3.—1882